

LORENA MOTTA

LA BÚSQUEDA DE JULIETA



UNIVERSO
de LETRAS



*Yo no sé nada de la vida,
yo no sé nada del destino,
yo no sé nada de la muerte;
¡pero te amo!*
*Según la buena lógica, tú eres luz extinguida;
mi devoción es loca, mi culto, desatino,
y hay una insensatez infinita en quererte;
¡pero te amo!*

Amado Nervo

1

Madrid, 18 de enero de 2026

El aroma se coló por sus fosas nasales, llenando los pulmones de aquello que más necesitaba ese día: coraje. El recinto olía a su estirpe, a gente madrugadora y trabajadora, a imaginación inagotable, a pujanza, a rebusque, a resistencia, a esperanza.

—¿Qué le pongo? —masculló, con voz cansada, el encargado de la cafetería, adelantando su rutina con movimientos automáticos.

—Lo de todas las tardes, Rufino, por favor —le respondió Julieta a ese hombre cuya historia adivinaba.

La lectura profunda del alma ajena a partir de pequeños gestos externos era una habilidad que Julieta había desarrollado a lo largo de los dos meses, seis días y dieciséis horas que llevaba la aventura a la que deseaba poner fin con el trámite que estaba a punto de realizar.

—¿Es decir? —respondió Rufino, alzando la vista por primera vez.

Sus ojos se posaron en el rostro pálido, casi traslúcido, ligeramente azulado de Julieta, sin poder ocultar la sorpresa de que alguien allí lo hubiera llamado por su nombre.

—Tinto..., o mejor dicho, un americano —respondió Julieta, tragándose el sabor amargo de tener que renombrar, como todos los días en aquella tierra, la bebida caliente que le sabía a hogar.

Mientras Julieta tomaba el primer sorbo y comenzaba a anticipar mentalmente la charla que se materializaría en menos de una hora, dando fin a semanas de procrastinación, un grito proveniente del pasillo externo del establecimiento rompió la calma del lugar.

—¡Se ha descarrilado! ¡Se ha descarrilado!

—¿Pero qué dice ese hombre? —vociferó una mujer, mirando cómo la gente apresuraba su paso afuera, mientras el hombre que había dado la alerta, con los brazos sobre la cabeza, convertía sus gritos en llanto.

—¡Es verdad! —respondió otro hombre, levantando su móvil hacia la multitud unos segundos después—. ¡Aquí lo ponen... en la red social X! ¡Ha ocurrido un accidente!

Un instante de silencio lúgubre llenó el lugar, seguido de sollozos, murmullos y movimientos torpes y rápidos. Los avisos de megafonía de «incidencia en la vía» que minutos antes se habían escuchado en toda la estación de Atocha tomaban, tras la revelación, un sentido trágico.

—¡Joder, mi hija! —gritó Rufino, quebrando su máscara de indiferencia.

En cuestión de segundos, Rufino, olvidando sus responsabilidades, se unió a la gente que corría fuera, esquivando el ambiente que apestaba a muerte.

A Julieta le costó reaccionar. Estaba parcialmente anestesiada. Los meses que llevaba distanciada de la convulsa cotidianidad en la que había crecido no habían surtido el efecto de borrar la cómoda convivencia con la adrenalina que latía en sus células.

El llanto de una mujer abrazada a su pareja, al otro lado de la ventana, la sacó de su letargo y le recordó la razón por la cual estaba en esa zona a esas horas de la tarde.

—No, por favor. Ahora no —dijo, alejándose de la cafetería, que llevaba ya dos minutos vacía, para mezclarse con la turba de llantos, quejidos y gritos que reproducían un infierno similar al que ella había mantenido oculto en su pecho durante dos meses.

No lo pensó dos veces. Agarrando con fuerza su bolso, se abrió paso entre la confusión para dirigirse a la estación de policía, antes de que el desarrollo de los acontecimientos le dificultara cumplir con su propósito.

19 de enero de 2026

Trece horas habían pasado desde el evento ferroviario. Según se detallaba en los telediciarios de todo el mundo, en la localidad de Adamuz, Córdoba, el tren IRYO 6189 que cubría la ruta desde Málaga hacia Madrid y el tren Renfe Alvia Serie 120 que había salido hacia Huelva desde Madrid se habían descarrilado, colisionando en un tramo recto de la línea de alta velocidad Madrid—Sevilla. El siniestro dejaba al menos sesenta fallecidos (la mayoría del tren IRYO) y más de dos centenares de heridos, entre ellos varios extranjeros. Si bien, en número de muertos, esta tragedia ferroviaria era la tercera en gravedad después de las ocurridas en Madrid el 11 de marzo de 2004 (193 fallecidos y más de 2000 lesionados) y la de Compostela de 2013 (79 fallecidos y cerca de 140 lesionados), las razones por las que, según las primeras investigaciones, había sucedido —fallo estructural en la vía—, suponían un duro golpe para el Estado español, no solo por el número de víctimas, sino por todo lo que desde la ingeniería simbolizaba el AVE. No se descartaba que hubiera manos criminales detrás de la colisión.

Julieta había tenido que presenciar muchos siniestros en Colombia, aunque los más impactantes para ella habían sido los asociados al terrorismo. El que más recordaba era el estallido de la bomba en el Club El Nogal, hacía ya cerca de veintitrés años. La explosión había conmocionado al país entero al ser la eviden-

cia de que la guerra absurda que había azotado al campo durante más de un siglo había decidido cruzar ciertos límites invisibles para llegar a la ciudad.

Julieta entró a la estación de policía. Los primeros acordes de *Tè busco*, en la voz de Celia Cruz, proyectados desde algún móvil, le llenaron los oídos.

—Vengo a poner una denuncia por una desaparición —dijo al policía que atendería la diligencia.

Estaba agotada. Su cara desmaquillada, enmarcada por una abundante cabellera castaña recogida dentro de un gorrito calado rosa, acentuaba su palidez. No había podido dejar de pensar en el peor escenario en toda la noche. No era la única. Madrid había permanecido vigilante y a la espera del desarrollo de la noticia, especialmente en lo referente al esclarecimiento de las causas y la identificación de las víctimas.

—Entiendo, señora. Lo siento mucho —respondió el policía, con una voz empática que reflejaba el agotamiento no solo del cuerpo, sino del alma—. ¿Nombre y edad del desaparecido? —preguntó, abriendo el archivo que contenía el listado de muertos y heridos.

—Romeo Monticelli. Sesenta años —contestó Julieta, sintiendo un aleteo en su corazón.

No era la primera vez que le ocurría. Desde hacía cuatro años sentía esa pequeña descarga cada vez que pronunciaba en voz alta ese nombre.

—Un nombre poco común, lo cual facilita las cosas —respondió el policía, comenzando la búsqueda en el archivo—. No se encuentra en sanidad ni en los tanatorios —añadió, lamentando internamente que así fuera, ya que ese era el inicio de una tragedia mayor.

Miró piadosamente la cara de Julieta, quien permanecía impávida con sus ojos hundidos y su cuerpo frágil, casi etéreo, bajo esa mata infinita de pelo recogido que la coronaba. Ella ya lo sabía.

Desde el día anterior, ante la imposibilidad de entrar inmediatamente a las oficinas que estaban colapsadas mientras intentaban poner orden en medio de la tragedia, se había dedicado a revisar los listados de hospitales, clínicas y funerarias, así como los datos no oficiales publicados en diversas redes sociales.

—Sé que es doloroso recordar —continuó el policía—. ¿Podría decirme en qué tren iba?

Julieta bajó la mirada, cerró los ojos, se apretó las manos y trató de infundirse valor. Comenzaba a abrirse el abismo vergonzoso que había anticipado, el mismo que había querido rehuir en una diligencia controlada que había estado preparando durante días. Aquel escenario ideal ya no era posible.

—No lo sé —musitó—. De hecho, no sé si iba en algún tren —dijo en un susurro casi tan imperceptible que el policía tuvo que concentrarse para entender lo que le había dicho.

—¿Cómo dice? ¿El hombre que busca desapareció ayer, pero no sabe si iba o no en los trenes de alta velocidad?

—No he dicho que desapareció ayer —aclaró Julieta, con voz temblorosa. El momento incómodo se acercaba—. Tampoco he mencionado ningún siniestro o atentado terrorista.

Era cierto. Por la extenuante jornada que había tenido entre manos y el afán de ayudar de la manera más humana posible a las personas que acudían a la comisaría, el policía se había saltado todos los protocolos de toma de denuncias por desaparición, dando por hecho que se trataba de una situación relacionada con la colisión ferroviaria. Un error como ese lo podría llevar a ser sancionado por su superior, quien ya le había perdonado anteriormente varias faltas administrativas pequeñas dado su innegable vocación de servicio a la comunidad. Por otra parte, la mención que había hecho Julieta de atentado terrorista le había parecido innecesaria. Si bien esa era una de las hipótesis que se manejaban en cuanto a la colisión de trenes, la policía se había cuidado de

que no se filtrara al público. Decidió registrar esa alusión inusual en el expediente que estaba construyendo.

—Volvamos a empezar, señora. Debemos llenar este formulario de acuerdo con los parámetros dados por el Centro Nacional de Desaparecidos. ¿Sus nombres y apellidos completos?

—Julieta Campo Rosas.

El aleteo en su pecho se incrementaba y el color que subía por sus mejillas, signo de salud para la mayoría, indicaba que algo no iba bien con ella. El policía lo notó, así que le extendió un vaso de agua que ella recibió con gratitud.

—¿Nacionalidad?

—Colombiana.

Dicho esto, Julieta, anticipándose a la siguiente pregunta, abrió su bolso para extenderle su pasaporte.

El policía tomó los registros correspondientes y le devolvió el documento, no sin antes ojear minuciosamente cada línea. La entrada al país había sido legal y la visa de turista estaba vigente.

—¿Nacionalidad de él?

—Española e italiana... creo —añadió esto último en voz baja, de manera inaudible para el policía.

—¿Relación con el desaparecido?

No podían entregarse datos a personas que no guardaran un interés directo con el caso. La ley de protección de datos era clara en eso. De hecho, ya había cometido él un error al haber informado el resultado de la búsqueda en las listas de heridos y fallecidos, sin saber quién era ella.

Julieta dudó.

—Novia —respondió, entrecruzando los dedos de sus manos y apretándolos con fuerza.

—¿Son pareja formal? ¿Viven juntos?

Si no existía un vínculo fuerte entre ella y el presunto desaparecido, la denuncia perdía fuerza. Podía ser que, simplemente, la

persona hubiera salido de su vida, sin que eso implicara la existencia de un crimen o una situación a investigar. Eso ocurría todos los días.

—No, no vivimos juntos.

La fila de personas desesperadas buscando información relacionada con la colisión era larga; y ahí estaba él, sumergido en un asunto sobre el cual, a medida que pasaba el tiempo, tenía más preguntas que respuestas.

La figura esquelética de Julieta le hizo sentir compasión. Decidió darle una oportunidad al procedimiento con otra pregunta.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo contacto con él?

—Hace dos meses y siete días —dijo Julieta, dejando ver que unas gotas de sudor aparecían en su frente, a pesar del frío del ambiente.

—Mucho tiempo. Eso dificulta las cosas. Las primeras veinticuatro horas son críticas en estas diligencias. Luego, la pista se va volviendo más borrosa —indicó el policía—. ¿En dónde estaban cuando supo de él por última vez?

—En el aeropuerto —respondió Julieta, después de segundos de un incómodo silencio, sintiéndose caer en un abismo sin fin.

—¡Mi hijo! ¡Dónde está mi hijo! ¿Es que nadie me va a atender? ¡Madre mía! ¡Que alguien me dé información! —gritó, entre sollozos, una de las mujeres de la fila.

—Olvédelo —dijo Julieta, levantándose de la silla rápidamente ante la mirada desconcertada del policía.

Al salir, la primera lluvia del año cubrió completamente su cuerpo, traspasando su gabardina rosa. Ella lo agradeció. Empapada como estaba, podía dejar que las lágrimas, ya brotando, siguieran su curso ilimitadamente sin llamar la atención.

Esa mañana, el dolor fue enmascarado por el invierno.

Mario decidió abordarla en el Café Pompeya el que, según había podido identificar en sus seguimientos de la última semana, era un sitio de visita obligada todas las tardes. Su rutina era extraordinariamente indestructible. Llegaba puntualmente a las cuatro de la tarde. Se sentaba en la mesa que quedaba a la derecha, cerca de la puerta de la entrada. Pedía un cortado en taza, no en vaso de vidrio, con un bollo de crema que consumía con mortificante parsimonia mientras inspeccionaba silenciosamente a todos los que ingresaban al recinto. Tres horas más tarde, pedía la cuenta y se marchaba cargando una tristeza siberiana mayor que aquella con la que había entrado.

Al principio, le preocupó ser descubierta. La mirada penetrante que ella dedicaba a todos los que ingresaban a la cafetería lo puso en alerta. Esos ojos almendrados lo habían escrutado hasta el alma la primera vez que entró al sitio, haciéndolo sentir expuesto. ¿Acaso ella sabía su secreto? ¿Sería un doble juego de la unidad de policía donde él pasaría, con el tiempo, de cazador a presa? Cuando comprobó que esa mirada se posaba por igual en todos los hombres, la idea perdió fuerza.

Para él, lo difícil era lograr entablar una conversación con ella. Si bien era poco agraciada para su gusto (prefería a las mujeres de curvas y rostro lozano y alegre), había presenciado uno que otro intento infructuoso de hombres de ganarse su atención. Después de las primeras frases del desafortunado novato, la mujer hacía una leve caída de párpados que arrastraba un telón de hierro tras la cual el apesadumbrado Don Juan se batía en retirada.

—¡Perdone! —dijo con su voz ronca Mario, pasando una servilleta de tela a Julieta.

Un mesero había vaciado, en el suéter rosa de Julieta, los residuos de un vaso de agua que llevaba en la bandeja tras haber

chocado «accidentalmente» con Mario, tal como habían acordado con él a cambio de unos cuantos euros.

Julieta se mantuvo hermética mientras se secaba, intentando en el proceso no perder de vista la dinámica sin fin de la puerta de entrada. Mario no podía dejar pasar esa oportunidad. Era ahora o nunca.

Mario desconectó los auriculares a través de los que estaba escuchando *No hay un corazón que valga la pena* en la voz de Miguel Bosé, y se aclaró la garganta. Al hacerlo, notó que la misma canción estaba siendo reproducida en alto desde otro dispositivo en el establecimiento.

—Los hechos de estos días me traen por las nubes. Perder a alguien es difícil. Lo es más si no se tiene un cuerpo para enterrar.

—Sí, lo sé —respondió Julieta al reconocer en esas palabras el pensamiento que la había estado martirizando.

Él intentó ocultar su emoción. Había mordido el anzuelo.

—Permítame presentarme —dijo, tendiéndole la mano mientras corría la silla hacia atrás.

Debía actuar rápido, antes de que la suerte decidiera dar un giro inesperado.

—Mario González Lugo. ¿Y usted es...?

Había decidido para esta misión no cambiar su nombre. Según lo que había investigado, ella parecía una mujer común, aunque según su jefe inmediato podría ser peligrosa teniendo en cuenta la nacionalidad, el momento en que se había acercado a la comisaría, el nerviosismo, la historia inconclusa y absurda que había contado, y la mención de un acto terrorista, hipótesis que había ganado fuerza después de que otros dos accidentes férreos se hubieran presentado en esos días, uno en Gélida el veinte de enero y otro en el sur de España el veintidós de enero. Por otra parte, si era una trampa de la unidad de investigación de la policía

en la que él trabajaba desde que tenía veinte años, tampoco tenía necesidad de mentir.

—Julieta Campo —respondió.

A Mario le encantaban los acentos sudamericanos, porque para él tenían una cadencia musical. En todo caso, el de esa mujer tenía una suavidad particular a la que se le sumaban las notas de grisácea tristeza que formaban un bello contraste con el rosa que la cubría.

—Encantado, señora Campo, ¿o tal vez señorita? —agregó torpemente, sin saber cómo continuar la conversación.

—Señora está bien. Julieta, mejor —dijo, levantándose suavemente la mano para pedir la cuenta.

—Lamento estarla importunando —respondió él, antes de que un ataque de tos de fumador acudiera en su ayuda.

Ella lo había visto durante la última semana, siempre en la cafetería. Llegaba solo, con una invariable gorra negra que no se quitaba ni al sentarse. La mirada perdida, el vestuario ajado negro y grisáceo con el que intentaba disimular un abdomen abultado y la nube de vapor que lo acompañaba siempre le hacían recordar los que, hasta hace poco, había pensado eran los peores años de su vida. Fue imposible no sentir empatía. Parecía inofensivo, aunque la tristeza se le desbordara en la mirada.

—¡Mesero, por favor, un vaso de agua, rápido! —dijo Julieta, tomando de la mano a Mario.

El tacto inesperado de ella lo estremeció, cortándole la respiración y aumentando la tos que, ahora, parecía imparable.

—Tome un trago. Le ayudará —dijo Julieta, retirando la mano que, en un impulso, había puesto al alcance de Mario.

Poco a poco, Mario retomó el control de la situación.

—Sé que tiene prisa. Pero quiero ayudarla.

—¿Ayudarme? ¿De qué habla usted? —replicó Julieta. Su rostro traslúcidamente azulado comenzaba a encenderse.

—No se asuste, Julieta —replicó Mario—. Estaba en la comisaría el día después del siniestro ferroviario de Adamuz —mintió—. Fatídico día para todos. La escuché por casualidad. Según creí entender, usted sufrió una pérdida hace poco. Una desaparición o algo por el estilo —agregó.

Julieta había comenzado a sudar desde la infinita montaña de cabello oscuro que envolvía su cráneo.

—Por eso me acercaba a esta mesa cuando sucedió el percance en su suéter por mi inexcusable torpeza.

—Eso es algo que no le incumbe a usted —replicó Julieta.

Se había sentido molesta al saber que alguien había presenciado el incómodo momento que había vivido en la comisaría.

—Pues sí me incumbe y mucho —respondió Mario, pensando si debía repetir, esta vez forzosamente, el ataque de tos para no perder la empatía de Julieta—. Verá, Julieta, soy investigador privado. Trabajo en desapariciones. Empecé a trabajar en ello desde que mi esposa sufrió un hecho de ese tipo —mintió parcialmente.

Mario hizo una pausa dramática calculada. Sabía que esa información la impactaría.

—Soy discreto, confiable y muy efectivo. Si lo desea, podría ayudarla en su caso. No tiene sino que pedírmelo y comenzaré de inmediato.

Julieta suspiró. Había captado su atención.

—¿Cómo encontró a su esposa? ¿Le tomó mucho tiempo hacerlo? —respondió impulsivamente Julieta, tratando de ganar minutos para procesar todo lo que estaba escuchando.

—Eso se lo contaré en su momento, si decide tomar mis servicios. Por los honorarios, no se preocupe. Existe un fondo especial creado a partir de un convenio firmado entre el CNDES¹ y la Embajada de Colombia que los investigadores privados podemos

¹ Centro Nacional de Desaparecidos.

utilizar para financiar los gastos relacionados con casos como este —inventó—. Sí, sé que es colombiana. Su acento es inconfundible. Lo fundamental es que usted pueda cerrar este doloroso capítulo rápidamente. Yo más que nadie sé lo importante que eso es para recuperar la calma.

Julieta sopesó las alternativas. Sus pesquisas independientes habían dado nulos resultados hasta el momento. Además, corrían los días. En pocas semanas vencía el visado de turista, por lo que, en un abrir y cerrar de ojos, estaría de nuevo en el avión rumbo a Bogotá. Sabía que no podría vivir con la incertidumbre.

Tomó de su bolso un delicado pañuelo rosa para secarse el sudor de su frente.

—Está bien, Mario. Qué necesita saber.

2

Bogotá, 12 de noviembre de 2025

—Es jodidamente berraco cómo Trump se ha querido volver el rey de todo el mundo. Primero fueron los aranceles, con los que puso a temblar a europeos y chinos. Luego, vinieron las deportaciones, con las que nos sacó a patadas a los latinos como si fuéramos mierda o putos animales. Y ahora, apareció el cuento de la cancelación de la visa a Petro, acusándolo de narco, cuando todos sabemos que la platica de la droga se queda allá, en los Estados Unidos. Pura doble moral la de esos hijueputas gringos. ¿O qué opina usted, mi reina?

—Disculpe, ¿qué dice? —dijo Julieta saliendo de su ensimismamiento.

Pasaron unos segundos de incómodo silencio.

—¡Qué bruto soy! —dijo el taxista, frenando el vehículo en el semáforo que acababa de cambiar a rojo, subiéndole el volumen a la radio que reproducía la canción *Quiero llenarte* de Frankie Ruiz—. Mire que hablarle de política, mamacita, cuando esos temas qué le van a interesar a sumercé —agregó, girándose hacia

el asiento de atrás, fulminando a Julieta con su mirada encendida a la par que mojaba los labios con su lengua pastosa.

Los cláxones de los autos, impacientes por avanzar, lo sacaron de la escena erótica que ya empezaba a dibujar en su imaginación.

«Si no hubiera tomado ese servicio a través de un aplicativo donde quedan registrados todos los datos, podría aprovechar la situación», se lamentó.

Julieta seguía sin percatarse de lo que ocurría. Tenía muchas cosas entre la mente y el corazón como para percibir el aroma a testosterona que se esparcía por el automóvil.

Estaba verdaderamente hermosa. Había elegido, para ese día, un vaporoso vestido palo de rosa a la rodilla con escote en bandeja que se pronunciaba en la espalda. Era algo inusual en ella, ya que prefería la comodidad y le gustaba pasar desapercibida, casi siempre, usando pantalones anchos de paño, a juego con suéteres sueltos que le quitaban kilos a los pocos que ya tenía. Para complementar su atuendo, había seleccionado una cinta rosa para retener la colmena castaña de su cabello; unos guantes y unos tacones rosas que calzaban sus pies envueltos en seda traslúcida; y una cartera más grande de lo que hubiera querido usar, pero requerida para contener todos los papeles y elementos de aseo y maquillaje necesarios para lograr el impacto que ella deseaba al aterrizar. Aparentaba, vestida así, diez años menos y no los sesenta y un años que tenía.

No llevaba joyas. No era su estilo. Por la prisa de la salida, había olvidado el abrigo, como se acababa de dar cuenta. Se las tendría que arreglar con el chal que tenía pensado vestir inicialmente a modo de bufanda. Ahora, esa era su única armadura contra el clima otoñal. Esperaba no haber olvidado nada más. Había preparado ese día durante más de cuatro meses.

—¿Iberia, me dijo, reinita? —preguntó el taxista, quien había estado hablando todo el camino sin que Julieta hubiera escucha-

do más que un murmullo lejano mezclado con la música salsa que salía de la *playlist* que el taxista tenía sintonizada.

—¡Sí, Iberia! —contestó ella, notando que su corazón comenzaba a acelerarse.

Ante la inminente llegada, Julieta empezó a buscar en su cartera el pasabordo impreso.

En contraste con toda la ciudad, un miércoles a las once de la mañana, el aeropuerto El Dorado estaba despejado, así que fue fácil encontrar un espacio para estacionar.

—¡Buen viaje, sumercé! —dijo el taxista, entregándole las dos maletas y el maletín de mano que conformaban su equipaje, sin apartar la vista de su escuálido busto.

En un arranque de último momento, el taxista se las ingenió para pasar a modo de accidente, en el instante en que descargaba las maletas, su mano por la rodilla izquierda de Julieta intentando prolongar el contacto. Un policía aeroportuario que miraba a distancia y del cual se percató el taxista, frustró el intento.

No era la primera vez que estaba en el área de salidas internacionales, aunque sí la primera que cruzaba la puerta de inmigración. En su infancia y durante los años que había vivido con Camilo, su primer esposo, la situación económica se lo había impedido. Luego, las exigencias económicas del pequeño David y del ambicioso Osvaldo habían sido el obstáculo.

Miró la pantalla. El vuelo IB156 con destino a Madrid saldría puntual, a las dos y diez de la tarde. Tendría tres horas de espera en sala. Se le antojó una eternidad.

Pensó que sería una buena idea comprar un libro para aligerar la estancia y calmar la ansiedad. Lamentó no haber llevado uno de los ejemplares de obras recién publicadas que tenía en su mesita de noche. Otro error que había cometido en la planificación de su viaje.

El inventario de libros que había a su disposición en la estantería de la tienda del aeropuerto no era del todo de su gusto. Los estudios de Filosofía y Letras que había adelantado a distancia durante su juventud, y que años después había coronado con una Maestría en Literatura Hispanoamericana, la habían vuelto exigente. A pesar de todos los autores que habían pasado por sus manos, el primer libro que había leído seguía siendo su favorito. Ese libro era *Romeo y Julieta* de William Shakespeare. Había sido entregado por su madre, como herencia dejada por su abuela payanesa, a la corta edad de tres años. Según le contaron, cuando su abuela (una de las pocas mujeres que pudo romper el destino de analfabetismo trazado en Colombia para quienes compartían su género y condición socioeconómica), conoció esa obra literaria, se prendó irremediablemente de la historia. Fue tal la obsesión de la abuela por los amantes de Verona, que le hizo prometer a su hija Fabiola, en su lecho de muerte, que bautizaría a esa niña que venía ya en camino con el nombre sagrado de Julieta. Fabiola cumplió la promesa a regañadientes de su amante esposo, quien consideraba que era un nombre un poco anticuado para una época en la que el perfume del amor libre y la lucha por los derechos sociales estaba a la orden del día; tal era el amor que le tenía Pedro a Fabiola. Julieta aprendió a leer de la mano de Shakespeare y a idolatrar el amor romántico con la ayuda de su madre.

—Me llevo este libro —dijo Julieta, entregando un ejemplar de *Amor Líquido* de Zygmunt Bauman a la cajera.

Julieta sentía algo de desdén por el género del ensayo que, a su juicio, carecía del poder ansiolítico que tienen el cuento, la novela o la poesía, al sumergir al lector en caleidoscopios emocionales ajenos para distraer sus propios laberintos. Lamentablemente, en la librería había pocos textos que no conociera. Además, la temática del amor siempre la terminaba atrapando, y ese título la había llenado de curiosidad.